

HIROSHIMA

ヒロシマ

Edición en español.



Akiko Mizue

水江 顕子

HIROSHIMA

AKIKO MIZUE



Introducción

Fue en el verano de 2005 cuando yo (Akiko Mizue) decidí escribir mi experiencia sobre la bomba atómica para mis hijas y nietos. Nunca había contado la historia en detalle ni siquiera a mi familia, ni siquiera había hablado de ello con mi hermana durante los 60 años posteriores a la guerra. Mi hermana, Hiroko Takanashi, también se negó a hacerlo, alegando que le resultaba muy difícil recordar el desastre, y por lo tanto, rara vez hablábamos de la bomba atómica entre nosotras. Sin embargo, hace poco reconsideró su postura y decidió que debía transmitir sus experiencias de vida a las generaciones futuras.

Como mi hermana ha vive en Tokio mientras yo en Osaka, hemos tenido pocas oportunidades para hablar en un ambiente distendido. Sin embargo, tomé nota cuidadosamente de cada detalle de su historia cuando me visitó en Osaka, cuando la visité en Tokio y cuando tuvimos la oportunidad de viajar juntas y compartir distintos momentos. También conversamos y confirmé los detalles muchas veces por teléfono y, en 2007, escribí sobre nuestras experiencias con la bomba atómica: *La Sombrilla Roja*, en nombre de mi hermana, y *La pequeña Michiko*, que trata de mi propia experiencia.



Foto por Miho Mizue 6 de Agosto de 2012.

La Sombrilla Roja

Narrado por Hiroko Takanashi

A medida que la guerra se intensificaba en 1945, los estudiantes varones eran enviados al frente de batalla y las estudiantes mujeres eran obligadas a trabajar en fábricas de municiones. Yo tenía 15 años y estaba en cuarto año de la secundaria femenina en aquel momento, no recuerdo haber estudiado en absoluto después del tercer año, sólo recuerdo ir a trabajar a la empresa Toyo Industries todos los días. Como alumnas mujeres, nuestro trabajo consistía en coser redes mosquiteras para los soldados que iban a los frentes de batalla del sudeste asiático y también uniformes militares utilizando dos tipos diferentes de máquinas de coser. Una era de la Fábrica de Ropa del Ejército, que producía y suministraba uniformes y zapatos militares, y el otro tipo eran máquinas de coser hogareñas que habían sido donadas por los ciudadanos a pedido del gobierno para ayudar en la producción y confección de ropa para la guerra.

Durante un tiempo, lo único que hacíamos era coser botones o hacer ojales día tras día. Mientras tanto, nos decían que los soldados podían luchar en una guerra sin llevar uniformes y zapatos militares, y nos ordenaron producir munición antiaérea para derribar bombarderos B29.

Como trabajábamos en turnos de seis horas rotativos, a veces lo hacíamos en el turno de la noche y nos íbamos a casa por la mañana. En esos días, podía ir a la escuela de corte y confección en mi tiempo libre durante el día.

Como mi hermana, mi hermano pequeño (Mamoru, de 12 años) y yo, crecimos bajo la estricta tutela de mi padre, que era oficial del ejército, nunca quisimos molestar a nuestros padres para que nos compraran cosas que queríamos, porque entendíamos que eran superfluas dada la situación general. Incluso pensar en esos deseos estaba prohibido.

Un día, sin embargo, encontré en una tienda una sombrilla roja con una hermosa combinación de colores. Le pedí encarecidamente a mi padre que me comprara esa sombrilla. Su respuesta fue un rotundo "No" porque el lema educativo de la época era "El lujo es el enemigo" y una niña que llevara una sombrilla sería tachada de delincuente. Es más, a la hija de un oficial del ejército nunca se le permitiría salir a la calle con una sombrilla como esa. En esta ocasión, sin embargo, nunca me di por vencida y le pedí una y otra vez que me la comprara. Al final, mi padre cedió y me compró la sombrilla, diciendo: "Debes dejarla siempre en casa, no sacarla nunca". Cumplí mi promesa y nunca la saqué. El mero hecho de poseer una sombrilla tan bonita satisfacía a la adolescente que había en mí, sin necesidad de ningún otro bien lujoso o entretenimiento.

El 6 de agosto, sin embargo, salí por la mañana temprano con aquella sombrilla roja, rompiendo la promesa que le había hecho a mi padre. Era lunes y las fábricas estaban cerradas para ahorrar energía eléctrica y lo tomamos como un día de descanso. Mi padre había ido a Onomichi por negocios del gobierno de la prefectura. Coordine con mis cuatro amigos, para reunirnos en la estación de Yokogawa de la línea Kabe a las 8:30 de la mañana. Íbamos a preparar una comida a modo de picnic en las afueras de Hiroshima utilizando un kit de cocina para camping. Yo llevaba una blusa blanca y un monpe¹ de seda, con un diseño estampado a cuadros de unos diez centímetros sobre fondo azul marino. Como ropa extra, llevaba en mi bolsa un vestido de una pieza hecho a mano con un estampado de flores sobre fondo blanco. Esperé a otras tres amigas con la señorita Imanaka, mi mejor amiga, sosteniendo mi sombrilla roja en el andén del tranvía de la estación de Yokogawa, bajo las vías del tren elevado.

Al cabo de un rato, oí el rugido de un bombardero B29. En cuanto la gente a mi alrededor miró al cielo y gritó: "Oh, algo está cayendo hacia nosotros", vi un gran destello de luz blanca brillante y sentí todo mi cuerpo cubierto de calor. No recuerdo el sonido de la

¹ Un pantalón de verano holgado y recogido en los tobillos.

explosión. Estuve desmayada por un rato, aunque no estoy segura si fueron treinta minutos o una hora. Después, me encontré tumbada boca abajo sobre la vía del tranvía y sentí un calor terrible en todo el cuerpo. Con una mano, sujetaba con fuerza la bolsa que contenía mi vestido de una pieza y con la otra, la sombrilla totalmente quemada a la que únicamente le quedaban el mango y los alambres del armazón

Las partes por debajo de las rodillas de mi monpe estaban quemadas, pero colgaban las partes blancas a cuadros como si las hubieran cortado meticulosamente con unas tijeras. Durante algún tiempo, estuve demasiado conmocionada como para levantarme. No sabía hacia dónde había caído la señorita Imanaka, que estaba esperando conmigo, ni qué había sido de ella. Nunca más la volví a ver.

Aunque finalmente conseguí levantarme al cabo de un rato, estaba demasiado agotada para pensar en lo que había pasado y en lo que debía hacer, y me encontré siguiendo inconscientemente las vías de tren de la línea Kabe, alejándome de la ciudad, arrastrando mis piernas quemadas. Caminaba descalza porque mis zapatos habían volado por los aires y no podía encontrarlos. En determinado momento, sentí un terrible dolor en la pierna, miré de cerca y descubrí que tenía las piernas quemadas desde la rodilla hasta abajo. Vi cadáveres esparcidos por todas partes. Pasaban a mi lado muchos camiones cargados con demasiados cadáveres. Finalmente me di cuenta que había ocurrido una terrible catástrofe cuando vi toda la ciudad llena de víctimas, gente con quemaduras que les cubrían todo el cuerpo, gente con heridas graves y gente pidiendo ayuda.

En mi camino había una escuela pública, que servía de centro de evacuación. Se me ocurrió que podría haber pedido ayuda en la escuela, pero al final me resigné a no pasar por allí porque estaba lleno de heridos ensangrentados que estaban siendo transportados en camillas, y pensé que no habría espacio para mí.

Mientras vagaba sin rumbo hacia el norte, me encontré lejos del centro de la ciudad, donde descubrí arrozales llenos de agua, con

aproximadamente unos 20cm de agua. Me contuve de beber el agua porque estaba corriendo el rumor de que beber este tipo de agua podría mortal.

Descansé un rato, remojando mis quemadas piernas en el agua de los arrozales para aliviar el dolor. Mientras iba encontrando nuevos arrozales, me detuve a sentar varias veces en el agua de los arrozales, porque me sentía muy refrescada al remojar las piernas quemadas en el agua. Al hacerlo, podía reponer mi agotado cuerpo y volver a levantarme para seguir caminando nuevamente. Después de caminar lo que creo que fueron unas 4 ó 5 horas, una joven mujer, que era una completa desconocida, me llamó. Se llamaba Srta. Hashimoto, un poco mayor que yo. Se dio cuenta que tenía las piernas quemadas y tuvo la amabilidad de llevarme a su casa. Me dijo: "He oído que Hiroshima se quemó terriblemente. Vayamos juntas al centro de la ciudad mañana, porque voy a buscar a mi hermana pequeña, que ha desaparecido". Su hermana menor era alumna del Instituto Comercial Femenino de Hiroshima y había sido realojada por la campaña de la retirada de edificios en el centro de la ciudad. En aquel momento, se ordenó la evacuación de ciertos edificios y casas. Esos edificios fueron demolidos en intervalos designados para hacer un espacio vacío que sirviera para prevenir la propagación de los incendios causados por los ataques aéreos.

Según recuerdo, la casa de la señorita Hashimoto estaba en Midorii, un pueblo situado más o menos a mitad de camino de la línea de tren Kabe. Después de beber muchos vasos de agua fría de pozo, por fin me di cuenta de que seguía viva. La familia Hashimoto eran granjeros y tuvieron la amabilidad de tratarme con un remedio casero colocando pepino de su campo cortado en finas láminas sobre mis piernas quemadas y aplicando jugo exprimido de pepino sobre ellas. Me agasajaron con arroz blanco, que era un manjar inesperado en tiempos de guerra. Afortunadamente, me dieron una noche de alojamiento. Cuando cayó la noche, vi con toda claridad un mar de llamas que teñía de rojo el cielo nocturno de Hiroshima.

Al ver una amplia extensión de ruinas calcinadas sembradas de muchos cadáveres y el cielo de Hiroshima envuelto en llamas, no sabía cómo podría vivir a partir del día siguiente porque aunque volviera a mi pueblo natal, Hiranomachi, no me quedaría nada: ni casa, ni vecinos, ni amigos.

A la mañana siguiente, me dolían mucho las piernas quemadas y estaba totalmente sola, no tenía familiares o alguien a quien acudir. Después de pensarlo, decidí ir a la casa de la familia Kiritani en la ciudad de Takehara, donde mi hermano había sido evacuado, y me cambié el monpe por el vestido blanco que llevaba en mi bolsa. Recuerdo que la señorita Hashimoto me dio unas sandalias de madera porque yo no tenía zapatos. El vestido blanco llamaba la atención, pero nadie me culpó por ello en circunstancias tan caóticas.

La señorita Hashimoto tuvo la amabilidad de subirme a un carro tirado por bicicleta para nuestro viaje a la zona cero. Aquí y allá había cadáveres calcinados de un color parduzco, y la única forma de pasar era que el carro pase sobre ellos. Un tranvía estaba hecho cenizas, lleno de pasajeros sentados que también habían muerto calcinados, parecían carbón. Me bajé del carro de bicicleta en el puente de Aioi, cerca de la zona cero, porque la señorita Hashimoto iba en otra dirección a buscar a su hermana. Me dio 5 yenes como regalo de despedida, diciendo: "Llévate esto".

Justo después de separarnos y de cruzar el puente, encontré tres caballos quemados con un tono negruzco, como si hubieran sido ahumados. Algunos soldados también estaban quemados, y sólo sus botas militares, que solían ir hasta las rodillas, conservaban algunos de sus rasgos originales. Una madre y un niño que se deben haber separado luego del suceso, parecían haberse reunido por casualidad en la ciudad en ruinas y se abrazaban. Me pareció muy bien que se volvieran a ver, pero no tuve ninguna otra emoción especial viviendo en aquel infierno. Ahora, siento que mi cuerpo se estremece cuando recuerdo aquella escena.

No muy lejos del puente de Aioi, recibí un certificado de víctima en el edificio de Chugoku Shimbun (edificio de la compañía del periódico local), parte del cual se mantuvo sin quemarse.

Escuché que el tren no estaba circulando entre Hiroshima y Kaitaichi, la segunda estación al este de Hiroshima, así que no pasé por la estación de Hiroshima y tomé un atajo directo hacia el este.

Mientras caminaba, pasaban muchos camiones cargados de cadáveres. Un camionero me dijo que me podía llevar en el asiento del copiloto, pero lo rechacé porque no me sentía capaz, dadas las circunstancias. Había un número increíble de cadáveres, cuerpos calcinados, cuerpos que habían perdido sus rasgos originales y cuerpos aplastados bajo edificios o muros destruidos, y yo pasaba por encima de estos cuerpos mientras caminaba. Muchas víctimas que habían sido arrasadas por la radiación usaron sus últimas fuerzas para alcanzar ríos y estanques para refrescarse y beber agua, sólo para morir empapados. Aunque Hiroshima era famosa por sus hermosos ríos, había tantos cadáveres podridos e hinchados flotando por los ríos cual balsas que era casi imposible ver la superficie de los ríos.

Tras caminar 7 u 8 kilómetros por la ancha calle que corre de forma paralela a la línea ferrea de Kure, llegué por fin a la estación de Kaitaichi, donde tomé un tren a Takehara. Creo que tardé más de dos horas desde Kaitaichi hasta Takehara. El costo de ese tren fue gratuito gracias a mi certificado de víctima.

Delante de la estación de Takehara habían sido puestas carpas para las víctimas. Me enteré de que habían llegado solamente unas pocas personas hasta allí. Como era la primera vez que visitaba a la familia Kiritani, pregunté cómo llegar. Mientras seguía el camino según las instrucciones, oí sonar una sirena antiaérea. Toda la gente a mi alrededor corrió a un refugio antiaéreo que había en la carretera, pero yo estaba tan agotada que no tenía ganas ni fuerzas de llegar al refugio. Pensé: "No me importa lo que me pase. Ni siquiera me importa si muero".

Ya estaba anocheciendo cuando por fin llegué a la casa de la familia Kiritani. Mi hermano, que estaba en sexto grado de primaria, me vio de pie en la entrada y me preguntó: "¿Por qué estás aquí?". Parecía incapaz de entender lo que estaba pasando y se quedó desconcertado. Como la radio era la única fuente de información en aquella época y no había nada confirmado aparte de que habían lanzado un nuevo tipo de bomba en Hiroshima, no era de extrañar que no pudiera creer que yo estuviera viva.

Me enteré de que el Sr. Kiritani era profesor de Yokyoku, un tipo de canción tradicional japonesa. La señora Kiritani, que tenía unos cuarenta años, me llevó a una clínica dermatológica cargándome en su espalda, pero el médico dijo que no tenía forma de tratar esas quemaduras y me rechazaron. En realidad, puede que estuviera demasiado sorprendido para saber cómo tratarme porque nunca había visto quemaduras causadas por la radiación, que eran diferentes de las quemaduras normales. Finalmente, la Sra. Kiritani encontró otro doctor para mí y el médico me puso una pomada en las quemaduras.

La Sra. Kiritani me tumbó en un futón², me quitó las secreciones de las piernas quemadas y me cambiaba las vendas y gasas varias veces al día. Como las constantes secreciones ensuciaban el futón, puso un viejo zabuton³ sobre él y yo coloqué las piernas encima. Recuerdo que me cuidó con mucha delicadeza durante dos semanas.

Mi padre, que había ido a Onomichi por negocios, regresó a Hiranomachi, donde estaba nuestra casa, al final del día (6 de agosto). Respiró un poco más tranquilo al ver a mi madrastra y a mi hermana (Akiko, de siete años) evacuar sanas y salvas al campo de deportes de la Universidad de Hiroshima (Universidad de Literatura y Ciencia de Hiroshima de aquella época, antes de integrarse en la

² Un Futón es un tipo de cama tradicional japonesa consistente en un colchón y una manta plegables que permiten ser guardados durante el día para utilizar la misma habitación con diferentes fines.

³ Un Zabuton es una especie de almohadón tradicional japonés, que se utiliza para sentarse en el suelo.

Universidad de Hiroshima). Sin embargo, como no había forma de saber que yo había llegado a la casa de la familia Kiritani en Takehara y que había sido bien cuidada por ellos, siguió buscándome caminando por la ciudad de Hiroshima todos los días. También visitó la tumba de mi madre en el templo Seiganji de Zaimoku-cho, que no estaba lejos de la zona cero. Aunque todas las tumbas de allí se habían derrumbado, la de mi madre permanecía en pie y había sido girada hacia el este por la explosión, lo que le convenció de que "Hiroko sigue viva en algún lugar al este". Un par de días después, la señora Kiritani fue a visitar a mi familia al campo de deportes de la Universidad de Hiroshima desde Takehara y les dijo que yo estaba a salvo en su casa. También llevo algunos juban⁴ y ropa para que mi madrastra se pueda cambiar.

Todavía estaba en casa de la familia Kiritani cuando terminó la guerra, y escuché el anuncio del Emperador mientras estaba tumbada en el futón. Las condiciones de la transmisión eran malas y la voz del Emperador no era clara, pero pude entender que la guerra había terminado finalmente. Recuerdo que mientras escuchaba, sentí que mi cuerpo se relajaba y pensé que a partir de ahora podríamos vivir dignamente podríamos encender luces brillantes y dormir seguros por las noches.

Como tras la derrota vendría un ejército de ocupación, mi padre me envió a mi tierna edad a un lugar seguro en Hagi (prefectura de Yamaguchi) para escapar de cualquier problema que pudiera surgir. Teníamos la casa de la familia de mi madre y mi abuelo aún vivía allí. Me trasladé a la escuela secundaria femenina de Hagi y empecé el segundo semestre en octubre, pero mis piernas quemadas aún no se habían recuperado y seguían vendadas. Incluso en la primavera siguiente, estas quemaduras no se habían curado y no podía prever recuperarme en absoluto.

Después de graduarme en la segunda primavera, regresé a Hiroshima y visité la casa de la Sra. Hashimoto en Midorii con

⁴ Un tipo de ropa interior japonesa.

algunos dulces para darle las gracias. Pude devolverle los 5 yenes que me había prestado para el ticket del tren y expresarle mi gratitud por su amabilidad, lo que finalmente me alivió mentalmente. Aunque pude ver a la Sra. Hashimoto, me enteré de que el cuerpo de su hermana no había podido ser encontrado y seguía desaparecida. No había palabras para expresar mi pena.

Nunca volví a ver a la señorita Imanaka. Era mi mejor amiga y uno de los cuatro miembros que iban a reunirse conmigo en la estación de Yokogawa, que está a 1,7 kilómetros de la zona cero. Más tarde, supe por alguien que no había sufrido heridas ni quemaduras gracias a mi sombrilla roja que la protegió, pero que había fallecido de tuberculosis pulmonar dos o tres años después. También supe que la señorita Kato, cuya casa estaba en Zaimoku-cho, muy cerca de la zona cero, había muerto al salir de su casa por la explosión. Pude ver a las otras dos integrantes del grupo varios años después, pero no sé si ahora se encuentran bien. Si no hubiera tenido la sombrilla roja, habría muerto, con quemaduras en todo el cuerpo, y me habrían llevado en camión con otros cadáveres y me habrían enterrado sin saber quién había sido. Creo que la sombrilla roja que había llevado a escondidas de mi padre me salvó la vida.

Después de la guerra, visité a la familia Kiritani, que se había trasladado de Takehara a Mondo Yakujin, en Nishinomiya (prefectura de Hyogo). Cuando la conversación derivó hacia la bomba atómica, la señora Kiritani, que me había cuidado las piernas, dijo delante de mí con profundo sentimiento que mis piernas habían olido muy mal, aunque en aquel momento no lo había mencionado. Yo también dije, por primera vez, que tampoco soportaba el olor, y que sabía que nadie más podía pero que no tenía el lujo de preocuparme por los sentimientos de los demás en aquel momento.

Todavía recuerdo el olor de la bomba atómica, o quizá sea más exacto llamarlo el olor de Hiroshima. Las condiciones higiénicas eran terribles, sin desinfectantes, y la resistencia de todo el mundo se había visto reducida por la radiación. Como era verano, los cadáveres se pudrían rápidamente y estaban infestados de gusanos. Incluso los supervivientes gravemente heridos y quemados estaban

infestados de gusanos. El olor de las secreciones de esas heridas, el olor de los cuerpos quemados y el olor de la ciudad en llamas se mezclaban y se pegaban a nuestra ropa. A veces me pregunto por qué los gusanos no infestaron mis piernas quemadas. Siento fuertes emociones cuando recuerdo que, siendo solamente una niña de quince años, pude sobrevivir por lograr a seguir caminando continuamente, arrastrando mis piernas quemadas mientras esquivaba cadáveres y para poder llegar finalmente a Takehara.

He padecido mala salud por razones desconocidas durante muchos años. Me casé en 1950 y tuve un niño y una niña. Mi hijo (Yutaka) vive en Tokio y mi hija (Emiko) está casada y vive en Santa Rosa, California, desde hace más de una década.

He superado operaciones por un tumor de tiroides, un cáncer de estómago y un cistoma de ovario, apoyada por la comprensión y el cariño de mi marido, y el año pasado celebré nuestro 50 aniversario de bodas y el Kiju⁵. Los fuertes dolores en las piernas de las rodillas hacia abajo, me han preocupado durante mucho tiempo y a veces he tenido la sensación de que habría sido más piadoso que no hubiera sobrevivido, en lugar de sufrir tanto dolor, pero he intentado ser positiva en todo y vivir hasta hoy.

Cuando se cumplió el 50 aniversario del bombardeo atómico, publiqué una antología de haiku⁶ titulada Koukei (palabra que hace referencia al peinado de la cabeza de Buda) como réquiem por las almas de las víctimas, incluidos mis amigos.

Mi marido y yo visitamos una vez al año a la familia de mi hija en Santa Rosa, California. Santa Rosa es una ciudad tranquila, con muchas estrellas brillando como polvo de oro en el cielo nocturno y allí, por casualidad, pude conocer al Padre Eric Freed, un conocido de mi hija.

⁵ En Japón se le llama Kiju cuando una persona alcanza los 77 años de edad.

⁶ Haiku es un tipo de poema breve tradicional Japonés que consiste en diecisiete sílabas repartidas en tres versos de cinco, siete y cinco sílabas respectivamente.

El Padre Freed llegó a Japón a los diecisiete años en el marco de un programa de intercambio de estudiantes y estudió en un instituto secundario de la prefectura de Kagoshima, donde quedó fascinado por la lengua y la cultura japonesas. Obtuvo un máster en lingüística en una universidad japonesa y estudió en un seminario de Tokio. Después se preparó para entrar en el sacerdocio en Italia y se hizo sacerdote católico romano. Creo que es un estadounidense que conoce Japón mejor que la mayoría de los japoneses. Vio mi antología de haiku y tuvo la amabilidad de traducirla al inglés y publicarla con su comentario porque quería seguir relatando la tragedia de la bomba atómica a la gente de Estados Unidos.

Hace tres o cuatro años, el padre Freed me pidió que describiera mis experiencias con la bomba atómica en el instituto San Vicente de Paúl, una escuela misionera con unos 400 alumnos en Petaluma, California. Acepté su ofrecimiento y el Padre Freed ofició de intérprete mientras yo hablaba del instante de la explosión, del estado increíblemente miserable de la ciudad visto a través de los ojos de una chica de 15 años, de mi angustia como sobreviviente durante 60 años y de la publicación de la antología Haiku para las víctimas. La asistencia no era obligatoria, pero muchos alumnos y profesores, incluido el director, asistieron y escucharon atentamente.

Al final de mi discurso, dije que aunque nunca podría perdonar el acto de lanzar la bomba atómica, realmente amaba a la gente de Estados Unidos. Concluí que, si volviera a nacer, me gustaría ser una estrella brillante en lugar de un ser humano, para brillar con las víctimas que perdieron la vida a causa de la bomba atómica y con la gente de todo el mundo. Recibí un caluroso aplauso y un hermoso ramo de flores.

Mientras mi salud y mi tiempo me lo permitan, seguiré asistiendo a la Ceremonia Conmemorativa de la Paz de Hiroshima y rezando por la paz y para que las almas de quienes perdieron la vida descansen en paz por toda la eternidad.

(Diciembre de 2007)



Photo prise par Miho MIZUE le 6 août 2012

La pequeña Michiko

Un año después de perder a nuestra madre, nuestra familia se trasladó a Hiranomachi, en la ciudad de Hiroshima, en la primavera de 1943. Mi padre (Yoshiaki), mi nueva madrastra (Taka), mi hermano (Mamoru, 11 años), mi hermana (Hiroko, 15 años) y yo (Akiko, 7 años), vivíamos en una casa situada en una tranquila zona residencial. La casa daba a un campo de deportes propiedad de la Universidad de Hiroshima (Universidad de Literatura y Ciencia de Hiroshima en aquella época, antes de integrarse en la Universidad de Hiroshima). Los grandes alcanforeros del campo de deportes generaban una sombra tal, que nos protegía de los rayos del sol. Era mi lugar favorito para jugar, sobre todo en el calor del verano.

En 1945, yo estaba en segundo año de primaria. La guerra había aumentado su intensidad. Se aplicaron regulaciones de apagones eléctricos, y todas las ventanas de las casas tenían que cubrirse por la noche con cortinas negras para impedir que se escapara cualquier atisbo de luz. Pasábamos miedo constantemente debido al desconcertante estruendo de los aviones Boeing 29 que sobrevolaban nuestras cabezas varias veces al día. Las sirenas antiaéreas nos mantenían inquietos día y noche.

Un día, numerosos aviones cazas estadounidenses volaron bajo y empezaron a ametrallar a corta distancia. Estaban tan cerca que sentí como si pudiera alcanzarlos y tocarlos. En cuanto sonaban las sirenas antiaéreas, saltábamos de la cama y teníamos que ir al refugio antiaéreo excavado bajo la casa. No era raro que interrumpieran nuestras clases y nos mandaran a casa. Para recuperar las clases perdidas íbamos a la escuela durante las vacaciones de verano vestidos con zukin⁷ y monpe.

El 6 de agosto de 1945, el cielo estaba despejado en Hiroshima. En aquella época, las alumnas mujeres, eran movilizadas y obligadas a trabajar incluso los domingos, pero ese día mi hermana tenía un día

⁷ Un tipo de protector de tela para la cabeza.

libre (que era algo no muy comun) y salió a ver a sus amigas. Mi hermano había sido evacuado a casa de nuestro amigo el Sr. Kiritani en Takehara, a 40 km de Hiroshima, un mes antes. Mi padre estaba en la ciudad de Onomichi haciendo trabajos para el gobierno de la prefectura de Hiroshima. Sólo estábamos en casa mi madrastra y yo.

Después de desayunar, no encontraba el gafete con mi nombre antes de ir al colegio (y que era obligatorio portar) y se me hacía tarde porque no podía encontrarlo. Entonces, una chica llamada Michiko, que vivía cerca, se acercó y me dijo: "Vamos a jugar".

Vivía con sus padres y su hermana pequeña en Kure⁸, donde había una base naval, pero sus padres la enviaron a casa de sus abuelos, a tres puertas de nuestra casa, en Hiranomachi, pensando que allí estaría más segura. Los bombardeos sobre Kure eran cada vez más frecuentes, y a menudo oía a los adultos decir: "Han vuelto a atacar Kure" cuando veíamos el cielo de Kure en llamas casi todas las noches.

El abuelo de Michiko era un contralmirante retirado y mi padre un general de división retirado del ejército, y se visitaban e invitaban a comer, pero yo intuía que había cierta discordia entre el ejército y la marina. Cuando se racionaron el licor y los cigarrillos, el abuelo de Michiko tomó la iniciativa de asignar raciones a cada hogar. La abuela de Michiko era conocida en el barrio por su particular limpieza. Cuando visitaba a Michiko en su casa, tenía que ir al baño por la puerta de atrás y lavarme bien las manos y los pies antes de entrar.

Como Michiko iba a un colegio privado y yo al colegio público de Senda, no teníamos los mismos horarios. Ese día, Michiko vino a casa a jugar conmigo como de costumbre porque su colegio estaba cerrado. Cuando le dije: "No puedo jugar porque tengo colegio", se dio la vuelta abatida para irse a su casa. En uno o dos segundos que

⁸ ure está a 45 kilómetros de Hiroshima. Fue uno de los principales puertos navales de Japón.

tardé en ponerme el gafete con mi nombre en la camiseta, explotó la bomba atómica.

Al mismo tiempo que miraba el intenso destello blanco por la ventana de la cocina, eché un vistazo al reloj, y la visión de las agujas señalando las 8:15 aún está grabada en mi memoria. En ese instante, nuestra casa se derrumbaba desde el tejado, sepultándome entre los escombros. No sabía qué le había pasado a mi madrastra, pero yo teniendo solamente siete años, mi principal preocupación era salir de allí, y esa preocupación fue mas fuerte en ese momento que la preocupación por el paradero de mi madrastra.

A pesar de estar atrapada bajo el tejado y boca abajo, no tenía problemas para respirar, ya que debía de haber algún paso estrecho para que corriera el aire. Sin embargo, el miedo a la asfixia iba invadiendo poco a poco mi mente. Luchando desesperadamente, conseguí arrastrarme fuera de los escombros. Tuve suerte de no quedar atrapada por pesadas vigas o pilares.

Es aterrador pensar que podría haberme quemado viva por el incendio que comenzó más tarde ese mismo día si hubiera quedado atrapado por alguna viga pesada. Aún recuerdo con claridad el aspecto que tenía cuando salí de entre los escombros. Estaba cubierta de tierra y polvo de pies a cabeza. Mi madrastra, de alguna manera, también pudo salir de los escombros y se unió a mí. Sin saber qué había pasado ni cuál era la situación, mi madrastra y yo salimos hacia la calle.

Al ver que las demás casas del barrio estaban todas destruidas, finalmente nos dimos cuenta de que nuestra casa no era la única bombardeada del barrio. Estábamos tan aterrorizadas que no éramos conscientes de que estábamos caminando descalzas.

Mientras los trozos rotos de cristal, ladrillos y hormigón se esparcían por toda la calle, volvimos a la casa medio derruida a buscar nuestros zapatos. Nuestras mentes estaban tan abrumadas

por el susto, que no se nos pasó por la cabeza sacar objetos de valor de entre los escombros.

Cuando salimos por la puerta, encontramos a Michiko de pie, muy quemada y pálida como un papel. El vestido sin mangas que llevaba cuando vino a verme estaba totalmente quemado y ella quedó completamente desnuda. Estaba muy quemada desde la espalda hasta las nalgas, con la piel desprendida y colgando.

Ella había estado haciendo dibujos en la acera con tiza, como de costumbre, cuando sufrió graves quemaduras en la espalda y las nalgas. Michiko caminó débilmente tras nosotros mientras lloraba.

Mi madrastra no podía dejar sola a Michiko y la llevó con nosotras en busca de seguridad. Al encontrarnos con una multitud de heridos y quemados que caminaban en la misma dirección, decidimos seguirlos. Las personas con quemaduras en todo el cuerpo caminaban con los dos brazos extendidos hacia delante como fantasmas para evitar que los brazos les tocaran el cuerpo mientras arrastraban los pies. Si los brazos tocaban el cuerpo, sufrían un dolor intenso. Michiko caminaba como los demás quemados. Iba detrás de mi madrastra sin decir una palabra.

Curiosamente, mi madrastra y yo salimos ilesas en general. Mi madrastra tenía un corte sufrido mientras estaba bajo los escombros. Yo tenía un corte causado probablemente por un pedazo de vidrio, o algo similar, y una leve quemadura en el brazo derecho que no noté hasta que se me formó una ampolla. En contraste con las graves quemaduras de Michiko, mi madrastra y yo no teníamos heridas visibles. Eso pareció llamar la atención de los transeúntes, que nos preguntaban asombrados: "¿Por qué no están heridas?". Fue un milagro que estuviéramos casi ilesas a pesar de estar a sólo 1,7 kilómetros de la zona cero.

Mientras caminábamos, nos encontramos con muchas víctimas que pedían agua. Suplicaban "por favor, por favor, denme agua". Por otro lado, también corría el extraño rumor de que beber agua sería

mortal y que la gente no debía beber agua. Por las dudas, nosotros también nos abstuvimos de beber agua. En la práctica, era casi imposible encontrar agua potable, ya que casi todos los edificios se habían derrumbado.

Más tarde nos enteramos de que las víctimas de quemaduras graves necesitan beber más agua de lo habitual, pero en la caótica situación en las que estábamos sumergidas, muchas de estas personas murieron de sed y agonía sin beber ni un sorbo. Las víctimas cercanas al epicentro bajaron al río en busca de agua y murieron allí, y los ríos estaban cubiertos de cadáveres flotantes.

Caminamos durante horas y finalmente llegamos a un gran hospital general cerca de Hijiyama. En el hospital ya había un revoltijo de cadáveres apilados. Vimos salir bastantes camiones cargados de cadáveres. Muchos ciudadanos corrieron al hospital en busca de ayuda, pero el hospital no podía proporcionar tratamiento suficiente debido a la escasez de personal y de medicamentos. A las víctimas de quemaduras se les aplicaba akachin⁹ y un ungüento blanco parecido al aceite de zinc, que les daba un tono rosado a todo el cuerpo. El antiséptico y el ungüento de zinc no tenían ningún efecto sobre las quemaduras causadas por la exposición directa a altas dosis de radiación y rayos de calor. Hombres y mujeres manchados de rosa yacían en el suelo, y no podía saber si seguían vivos o no.

El hospital ya estaba lleno de gente que había llegado allí antes, así que no era fácil encontrar un lugar a la sombra. Las tres buscamos un lugar fresco donde descansar y finalmente encontramos la sombra de un árbol. Una madre con un bebé de una semana de nacido estaba sentada a nuestro lado. Me preocupaba si el bebé estaría suficientemente alimentado y tendría pañales. El cuerpo de Michiko estaba muy dañado debido a la exposición directa a la radiación al aire libre. Debe haber usado sus últimas fuerzas para

⁹ Antiséptico tópico merbromin comúnmente denominado akachin debido a su color rojo (aka en japonés).

llegar al hospital con nosotros. No podía ni sentarse derecha y se desplomó en el suelo.

Mi madrastra tumbó a Michiko en el pasillo techado, ya que era fresco y ventilado, y buscó a una enfermera. Finalmente, paró a una enfermera y le dijo: "Por favor, haga algo por la pequeña Michiko. Es la nieta de un almirante. Por favor, cuide bien de ella". Es claro que las enfermeras no tenían tiempo para atender sólo a Michiko en esos terribles momentos.

Michiko se quedó tumbada en el suelo de cemento del pasillo. Poco después, llegó otra enfermera y le puso a Michiko algo parecido a una inyección cardiotónica. Aun así, no mostró ninguna respuesta. Dudaba de que cualquier inyección fuera lo bastante potente para curar a Michiko. Incluso siendo solamente una niña, sabía que no era más que un placebo. Sin embargo, me hacía sentir mejor que Michiko recibiera un tratamiento especial.

Mi madrastra estaba ansiosa por saber qué había sido de nuestra casa. Le dijo a Michiko: "Vamos a ver cómo está nuestra casa" y se marchó de su lado. No sé si Michiko estaba consciente o podía entender lo que le dijimos en ese momento. Me llené de pena y culpa al pensar que no volveríamos al hospital. Abandoné el hospital con dolorosa desgana, y me quedé muy angustiada por saber qué sería de Michiko. Incluso más de 60 años después, recuerdo claramente la escena de la pequeña Michiko tumbada sin fuerzas en el suelo de cemento del pasillo.

No sé cuánto tiempo estuvimos en el hospital, pero era más de la una cuando nos fuimos. Por la mañana, cuando caminábamos en busca de un lugar seguro, no vimos ningún incendio. Sin embargo, al cabo de unas horas, la ciudad de Hiroshima se convirtió en un campo quemado. En un instante, la ciudad de Hiroshima, las vidas y hogares de las personas que vivían allí quedaron totalmente destruidos. Hasta donde alcanzaba la vista, no había más que ruinas. Era difícil encontrar nuestra antigua casa, ya que la mayoría de los puntos de referencia habían quedado reducidos a cenizas. Mi

madrastra me tomó de la mano y caminamos en la supuesta dirección de Hiranomachi.

Por el camino, vi a un hombre sentado junto a la calle con una de sus piernas levantada. Era muy delgado, casi piel y huesos. Al principio pensé que estaba descansando, pero al acercarme me di cuenta de que estaba muerto. Creo que debía de estar fumando en el momento en que explotó la bomba y murió en esa postura.

Aquel muerto no me asustó demasiado, ya que había visto cadáveres apilados en sobrecargados camiones mas temprano. Pasé de largo a su lado sin sentir nada. No me escandalicé, ni me horroricé, ni me entristecí, aunque nunca había visto cadáveres en mi vida hasta aquel día.

¿Puede existir una experiencia más espantosa y anormal que ver cadáveres amontonados en un abrir y cerrar de ojos?

Pensándolo en retrospectiva, acostumbrarse a ver cadáveres amontonados también fue terrible y anormal.

Después de caminar entre treinta y cuarenta minutos desde el hospital, nos encontramos con un soldado que repartía galletas duras y secas a los afortunados que pasaban por allí. Como mi madrastra y yo no habíamos comido ni bebido nada desde el desayuno, recibimos su favor con agradecimiento y empezamos a caminar hacia el lugar donde estaba nuestra casa. Mi madrastra no esperaba que nuestra casa sobreviviera al incendio, pero aun así quería ver cómo había quedado. Nuestra casa quedó reducida a cenizas. Mi madrastra y yo miramos a nuestro alrededor en busca de restos. No quedaba nada todo estaba en ruinas.

Una cosa que encontramos fue una estatua de Kwannon¹⁰ sentada en un pedestal, de unos veinte centímetros de altura. El color había cambiado por estar quemada y la superficie estaba sucia. Mi padre atesoraba esta pequeña estatua y siempre la colocaba en un armario

¹⁰ Kwannon suele ser venerada como la diosa de la misericordia en el budismo japonés.

de palo de rosa. Recuerdo que me regañaban cuando solía poner, solo por diversión bolitas de papel en la palma de la mano de Kwannon. Entre los escombros, también encontramos una vaporera (olla especial para cocinar arroz) ennegrecida y deformada por la radiación, en estado irreparable. La comida estaba controlada y racionada debido a la grave escasez de alimentos durante la guerra, y las cinco personas de nuestra familia compartían la pequeña cantidad de arroz racionado y utilizabamos la vaporera para hacer con un poquito de arroz, un arroz aguado en lugar de hacer arroz al vapor. Mi madrastra sólo recogió la estatua de Kwannon de entre los escombros.

Muchos refugiados escaparon al campo de deportes de la Universidad de Hiroshima, frente a nuestra casa. Caminamos bajo los enormes arboles alcanforeros del campo de deportes. Los árboles que habían estado cubiertos por un rico follaje estaban quemados y las hojas se habían vuelto marrones. Hacia el atardecer, un soldado que había trabajado para mi padre construyó un pequeño refugio para nosotros a poca distancia de los alcanforeros. El campo de deportes estaba lleno de incontables refugiados. Ninguno de ellos tenía ni siquiera una pequeña carpa. Estaban totalmente agotados y sentados con la mirada vacía o simplemente tumbados en el suelo.

Mi padre regresó apresuradamente a Hiroshima desde Onomichi. Había pedido a su hombres, que si nos encontraban muertas a mi madrastra o a mi, que enterrara nuestros cuerpos a los pies de un enorme alcanforero. De regreso a Hiroshima, al ver la devastación, mi padre se esperaba lo peor. A una distancia de 1,7 kilómetros del epicentro, cada hogar perdió al menos a un familiar, y no era raro que muriera toda la familia.

Supe que los abuelos de Michiko murieron en el acto. Fue una verdadera suerte que ni mi madrastra ni yo sufriéramos heridas.

Sin embargo, no sabíamos el paradero de mi hermana, que había salido de casa el 6 de agosto por la mañana temprano. Mi padre

anduvo todos los días en busca de mi hermana, visitando refugios, hospitales y escuelas, que probablemente albergaban a los heridos y recuperaban a los muertos. Más tarde supimos que mi hermana estaba al aire libre y esperando a sus amigos cuando estalló la bomba. Fue afectada por la explosión y sufrió heridas y quemaduras. Sin embargo, gracias a la sombrilla que llevaba, no sufrió quemaduras tan graves como Michiko. Afortunadamente, mi hermana se salvó gracias a una persona amable que la dejó pasar una noche en las afueras. Al día siguiente, llegó a casa del señor Kiritani, donde mi hermano ya se había evacuado.

Mi madrastra y yo nos quedamos en el pequeño refugio durante varios días. A veces se les servían bolas de arroz a los refugiados. Hasta donde alcanzaba la vista, no había más que ruinas quemadas. Todas las noches veía fuegos aquí y allá. Oía decir a los adultos: "Están quemando los cadáveres allí", y los vientos traían a veces un olor indescriptible.

En el lado norte del campo de deportes había un cobertizo de conserje parcialmente destruido. Se salvó de la quema porque no tenía aparatos de cocina ni calefacción. El pequeño refugio en la que nos alojábamos estaba a unos 30 metros del cobertizo, que tenía un grifo detrás. Gracias a él, pudimos reabastecernos de agua potable. Los grandes ventanales de la cabaña habían volado por los aires.

Cuando me acerqué a la cabaña, me di cuenta de que algo colgaba del marco de una ventana. Medía unos cincuenta centímetros y parecía una parte del cuerpo humano, algo parecido a un muslo. Supuse que una persona que había estado junto a la cabaña debió de ser despedazada por la explosión, y parte de la pierna quedó enganchada en el marco. Para recoger agua, tuve que pasar junto al pedazo de carne que colgaba de la ventana. Aunque había visto innumerables cadáveres y estaba acostumbrada a ellos, esta vez era diferente. Me asusté tanto al verlo que incluso dudé en preguntar a mi madrastra y a otros adultos qué era.

A nadie le importaban ya los cadáveres abandonados aquí y allá o las partes del cuerpo esparcidas. Pasaba por el cobertizo varias veces al día para recoger agua, me ponía rígida de miedo y apartaba los ojos del marco de la ventana.

Tres días después, nos informaron de que habían lanzado otra bomba de nuevo tipo sobre Nagasaki. Los adultos gritaban de miedo y ansiedad aunque nadie sabía de qué bomba se trataba en realidad.

Rakurakuen es un pueblo situado a medio camino entre la estación de Hiroshima y la isla de Miyajima. El Sr. Fujishima, que había trabajado a las órdenes de mi padre, se ofreció a alojarnos en su casa de Rakurakuen. Aceptamos su oferta con agradecimiento y abandonamos el precario refugio del gran campo de deportes el 10 u 11 de agosto.

Según la memoria de mi hermana, hubieron muchos refugiados de la ciudad de Hiroshima alojados en la casa del señor Fujishima y en otras casas del vecindario. Estos refugiados murieron uno tras otro tras mostrar síntomas como fiebre alta, diarrea y vómitos frecuentes, pérdida de mechones de pelo, manchas moradas en el cuerpo y sangrado de las encías. También había gusanos en sus heridas abiertas y quemaduras.

Recuerdo cómo los adultos hablaban en voz baja diciendo: "El señor fulano murió anoche, y esa persona falleció esta mañana" casi todos los días.

Fue en casa del señor Fujishima donde oí hablar al emperador Hirohito por la radio el 15 de agosto. Debido a la mala recepción, apenas oí lo que dijo, pero pronto comprendí que Japón había perdido y que la guerra había terminado. Recuerdo claramente que aun siendo una niña pequeña, me sentí aliviada, pero también ansiosa cuando pensaba en nuestro futuro.

Aquel invierno me enteré por un conocido de que Michiko había muerto dos días después de la última vez que la vimos. Era una

noche fría y oí la noticia mientras estaba bajo una luz tenue en una habitación sin calefacción. La noticia llenó mi corazón de un sentimiento sombrío indescriptible, como si me hubiera cubierto un velo negro. Una niña dio su último suspiro en aquel pasillo de cemento sin que nadie velara por ella. Estoy segura de que hubiese querido morir en brazos de su madre. Debió haberse sentido indefensa y asustada. Debió de sufrir mucho. Cada vez que pienso en Michiko, me duele el corazón y no puedo evitar llorar. Soy la única que sabe lo que le ocurrió, pero nunca la olvidaré mientras viva.

(Agosto de 2007)

Epílogo – La vida luego de la guerra

Después de la guerra, dediqué todo mi esfuerzo a intentar vivir cada día y no tuve tiempo para reflexionar sobre el pasado. No tengo ningún recuerdo de que se mencionara la bomba atómica en clase o se hablara de ella entre mis amigos durante la escuela primaria, secundaria o bachillerato, donde debería haber habido muchos sobrevivientes de la bomba. Mirándolo ahora en retrospectiva, creo que la bomba atómica se convirtió rápidamente en algo del pasado cuando la sociedad empezó a avanzar hacia la recuperación. Los sobrevivientes de la bomba atómica fueron incapaces de seguir esta tendencia, y puede que evitaran mencionar el aborrecible y desgarrador suceso, atrapándolo en el fondo de sus mentes.

Inmediatamente después de la guerra, una organización de investigación estadounidense llamada ABCC (por sus siglas en inglés “Atomic Bomb Casualty Commision”, Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica) se estableció en Hijiyama, en la ciudad, y los edificios semicilíndricos cubiertos de lo que parecían paneles de aluminio brillaban con una luz blanca metálica y parecían un hogar para extraterrestres. El ABCC tomaba muestras de sobrevivientes de la bomba atómica para investigar el impacto de la radiación en humanos cada pocos meses. Los sobrevivientes de la bomba atómica sujetos a investigación eran recogidos y dejados en coches en lo que aparentemente parecía un buen trato, pero en realidad eran tratados como conejillos de indias, y los resultados no se facilitaban a las personas ni a instituciones públicas externas, lo que causaba una sensación de desconfianza en el ABCC que agravaba el daño psicológico a los sobrevivientes de la bomba.

En Febrero de 1957, nos mudamos a Osaka y comencé a asistir a la universidad en Abril. Aunque le dijera a la gente "me mudé aquí desde Hiroshima", no había interés por lo que había ocurrido en Hiroshima más de una década antes, y era comprensible que mucha gente no supiera nada de la bomba atómica. La señora M., cuya madre era licenciada por la Universidad Jogakuin de Hiroshima, fue la única a la que le hablé de la bomba atómica. No lo recuerdo, pero

al parecer le dije repetidamente que no se lo contara a nadie más en aquel momento. Habría hablado de ello si me hubieran preguntado, pero una parte de mí no quería que la gente se enterara porque temía la discriminación y cómo reaccionaría la gente.

Tosí sangre en clase antes de las vacaciones de invierno de mi primer año en la universidad. No parecía grave, así que asistí a clase hasta el final del día y no se lo dije a mi familia cuando llegué a casa. El volumen aumentó por la noche y al día siguiente me hospitalizaron. El diagnóstico fue: "Sin duda tu sangrado es de los pulmones, pero se desconoce la causa", y aunque cada vez me preocupaba más que pudiera deberse a los efectos de la radiación, los síntomas remitieron en una semana y me recuperé, así que no se lo conté a mi familia.

Después de licenciarme, me casé y fui tuve la bendición de tener hijos (un hijo y tres hijas). Mis embarazos y partos transcurrieron sin problemas, así que aunque a veces me preocupaba el efecto de la radiación en mis hijos cuando nacieron, no me preocupé demasiado. La comprensión de mi marido, Nobuo Mizue, y la consideración de mi suegra y cuñadas por no mencionar sobre el asunto, me hicieron sentir más tranquila. Sin su comprensión, quizá hubiera arrastrado mi dolor psicológico y llevado una vida torcida. Conozco a personas que se enamoraron pero rompieron su relación poco antes de casarse porque la madre de su pareja se opuso al matrimonio al enterarse de que la futura novia era una sobreviviente de la bomba atómica. Comprensión y Discriminación son conceptos y posturas tan opuestas que pueden alterar la vida de una persona para siempre.

Me preocupé mucho cuando mi hijo Takuro se enfermó. No sabíamos la causa y le dije a su médico: "Sobreviví a la bomba atómica en Hiroshima", y le pregunté: "¿Podría ser un efecto de eso?". Me dijeron: "No hay casi ninguna posibilidad", y en pruebas detalladas posteriores se reveló que era una enfermedad congénita. Si la exposición a la bomba atómica hubiera sido la causa, el dolor psicológico habría sido aún mayor en un sentido diferente.

Lo que me pareció más horrible es que tus emociones y sensaciones se entumescen cuando te colocan de repente en una situación infernal. Las experiencias anormales crean un estado mental anormal en el que ya no te escandalizas al ver montañas de cadáveres carbonizados rodando como troncos, ni sientes miedo. A veces pienso que uno se insensibiliza temporalmente para protegerse porque no puede sobrevivir a tales experiencias en un estado mental normal. No he sufrido daños permanentes debido a la exposición a la radiación, pero he estado constantemente preocupada por la posibilidad de desarrollar una enfermedad por causa de la bomba atómica. Sin embargo, todo lo que puedo decir es que es un milagro que no perdiera a nadie de mi familia, haber sobrevivido a una experiencia extrema como verme obligada a abandonarlos para escapar, y que no sufriera heridas ni quemaduras importantes en un lugar situado a 1,7 kilómetros de la zona cero.

Al escribir sobre la experiencia de mi hermana mayor, Hiroko, con la bomba atómica, durante el último año o dos, he escrito preguntas y le he preguntado por teléfono, he hablado con ella en los hoteles en los que nos alojábamos cuando viajábamos juntas y he tomado notas de todo lo que oigo cada vez que nos vemos. Es la primera vez en sesenta años que hablo con mi hermana en detalle sobre nuestra experiencia con la bomba atómica. Mi hermana solía decir: "No quiero recordar, y nadie lo entendería aunque se lo contara", pero hizo un gran esfuerzo por desenterrar sus recuerdos del pasado lejano. Mi hermana no había hablado mucho de ello con amigos o familiares, y parece que incluso entre sus compañeras de la escuela femenina afectadas por la bomba atómica, las que tenían heridas graves y las que tenían heridas comparativamente leves tenían problemas para relacionarse entre ellas. El marido de Hiroko dijo que conoció la experiencia de mi hermana en detalle por primera vez cuando leyó "Parasol rojo".

Yo tampoco lo había hablado nunca en detalle con mis hijas. Cuando hace dos años mi hija comentó: "Ahora que lo pienso, nunca he oído a mamá hablar de la bomba atómica", decidí escribir sobre mi experiencia para contársela a mis hijas y nietos.

Quizá tuvieron que pasar 60 años para que mi hermana y yo habláramos de nuestras trágicas experiencias. Ahora sólo recuerdo vagamente el rostro de Michiko, pero no podría olvidarla caminando débilmente con quemaduras y tumbada en el pasillo de cemento del hospital aunque lo intentara. La forma en que la gente es intrigante. Al ver a Michiko así, aunque a nivel intelectual pensaba que "podría morir", nunca podría soñar con que muriera. Aunque no tuvimos opción cuando mi madrastra y yo dejamos a Michiko en el hospital, me duele, y todavía tengo un profundo sentimiento de culpa en el fondo de mi corazón.

Puede que sólo sean fantasías o deseos míos, pero a veces pienso en ello. Me imagino a Michiko falleciendo bajo la compañía de sus padres, que vinieron corriendo desde Kure a buscarla en algún momento durante los dos días que transcurrieron entre el lanzamiento de la bomba atómica y su muerte.

Los recuerdos de una niña de siete años generalmente están fragmentados e incompletos, y aunque las direcciones, el sentido de la distancia y el paso del tiempo no sean exactos, no puedo olvidar las cosas que viví ni siquiera ahora.

Me siento frustrada por ser incapaz de expresar adecuadamente lo terrible que es la bomba atómica, lo tonto que es una guerra o que tan pacífico e importante que es no tener guerra. La bomba atómica es algo que no puede justificarse por ninguna razón. Si Japón no hubiese perdido la guerra entonces, habría habido innumerables muertes más lamentables. Nosotros, como japoneses, hemos vivido los tiempos pacíficos que se obtuvieron luego de perder la guerra. No tener guerra es tan pacífico. Espero que la paz dure para siempre en la vida de nuestros hijos y nuestros nietos.



Día de Año Nuevo de 1941
Mamoru 7 años, Akiko 3 años y Hiroko 11 años.

Traducción: Matias Gibert

